

MANUSCRITO DIRIGIDO

A LA MADRE MARIA DE GONZAGA

Manuscrito «C»

CAPÍTULO X

LA PRUEBA DE LA FE

(18961897) [1rº]

J.M.J.T.

Madre mía querida, me ha manifestado el deseo de que termine de cantar con usted las misericordias del Señor.

Este dulce canto había empezado a cantarlo con su hija querida, Inés de Jesús, que fue la madre a quien Dios encomendó la misión de guiarme en los años de mi niñez. Con ella, pues, tenía que cantar las gracias otorgadas a la florecita de la Santísima Virgen en la primavera de su vida.

Pero ahora que los tímidos rayos de la aurora han dado paso a los ardientes rayos del mediodía, es con usted con quien debo cantar la felicidad de esa florecilla.

Teresa y su priora

Sí, Madre querida, con usted. Y para responder a su deseo, intentaré expresar los sentimientos de mi alma, mi gratitud a Dios y también a usted que lo representa visiblemente a mis ojos. ¿No me entregué toda a El precisamente entre sus manos maternas?

¿Se acuerda, Madre, de aquel día...? Sí, yo sé que su corazón no lo olvida... En cuanto a mí, tendré que esperar a estar en el cielo, pues aquí abajo en la tierra no encuentro palabras para traducir lo que aquel día bendito pasó en mi corazón.

Madre querida, hay otro día en que mi alma se unió aún más, si es posible, a la suya. Fue el día en que Jesús volvió a poner sobre sus hombros la carga del priorato¹. Aquel día, Madre querida, usted sembró entre lágrimas, pero en el cielo rebotará de alegría [1vº] al ver sus manos cargadas de preciosas gavillas.

Perdóneme, Madre, mi sencillez infantil. Yo sé que me va a permitir hablarle sin andar rebuscando lo que a una joven religiosa le está permitido decirle a su priora. Tal vez no siempre me mantenga dentro de los límites prescritos a los súbditos; pero, Madre, me atrevo a decir que la culpa será suya, pues yo la trato como una hija², ya que usted no me trata como priora sino como madre...

Sé muy bien, Madre querida, que a través de usted me habla Dios.

Muchas hermanas piensan que usted me ha mimado, que desde mi entrada en el arca santa no he recibido de usted más que halagos y caricias. Sin embargo, no es así.

En el cuaderno que contiene mis recuerdos de la infancia, podrá ver lo que pienso sobre la educación *recia* y maternal que usted me dio. Desde lo más hondo de mi corazón le agradezco que no me haya tratado con miramientos. Jesús sabía muy bien que su florecita necesitaba el agua vivificante de la humillación, que era demasiado débil para echar raíces sin esa ayuda, y quiso prestársela, Madre, por medio de usted.

De un año y medio a esta parte, Jesús ha querido cambiar la forma de hacer crecer a su florecita; sin duda pensó que estaba ya suficientemente *regada*, pues ahora es el *sol* quien la hace crecer. Jesús no quiere ya para ella más que su sonrisa divina, y esa sonrisa se la da también por medio de usted, Madre querida. Y ese dulce sol, lejos de ajar a la florecita, la [2rº] hace crecer de una manera maravillosa. En el fondo de su cáliz conserva las preciosas gotas de rocío que recibió, y esas gotas le recuerdan incesantemente que es pequeña y débil...

Ya pueden todas las criaturas inclinarse hacia ella, admirarla, colmarla de alabanzas. No sé por qué, pero nada de eso lograría añadir ni una gota de falsa alegría a la verdadera alegría que saborea en su corazón al ver lo que es en realidad a los ojos de Dios: una pobre nada, y sólo eso.

Digo que no sé por qué, ¿pero no será porque hasta tanto que su pequeño cáliz no estuvo lo suficientemente lleno del rocío de la humillación, se vio privada del agua de las alabanzas? Ahora ya no existe ese peligro; al contrario, a la florecita le parece tan delicioso el rocío que la llena, que no lo cambiaría por el agua insípida de los halagos.

No quiero hablar, Madre querida, de las muestras de amor y de confianza que usted me ha dado³. Pero no piense que el corazón de su hija sea insensible a ellas. Lo que pasa es que sé muy bien que ahora no tengo nada que temer; al contrario, puedo gozarme de ellas, atribuyendo a Dios todo lo bueno que él ha querido poner en mí. Si a él le gusta hacerme parecer mejor de lo que soy, no es cosa mía, es muy libre de hacer lo que quiera...

¡Por qué caminos tan diferentes, Madre, lleva el Señor a las almas! En la vida de los santos, vemos que hay muchos que no han querido dejar nada de sí mismos [2vº] después de su muerte: ni el menor recuerdo, ni el menor escrito; hay otros, en cambio, como nuestra Madre santa Teresa, que han enriquecido a la Iglesia con sus sublimes revelaciones, sin temor alguno a revelar los secretos del Rey, a fin de que sea más conocido y más amado de las almas.

¿Cuál de estos dos tipos de santo agrada más a Dios? Me parece, Madre, que ambos le agradan por igual, pues todos ellos han seguido las mociones del Espíritu Santo, y el Señor dijo: Decid al justo que *todo* está bien. Sí, cuando sólo se busca la voluntad de Jesús, todo está bien. Por eso, yo, pobre florecita, obedezco a Jesús tratando de complacer a mi Madre querida.

Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables⁴; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo.

El ascensor divino

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una [3rº] escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente.

Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea *pequeñito*, que venga a mí.

Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responda a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré.

Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más.

Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias: «Me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas, y las seguiré publicando hasta mi edad más avanzada». Sal. LXX.

¿Cuál será para mí esta edad avanzada? Me parece que podría ser ya ahora, pues dos mil años no son más a los ojos de Dios que veinte años..., que un solo día...

No piense, Madre querida, que su hija quiera dejarla... No crea que estime como una [3vº] gracia mayor morir en la aurora de la vida que al atardecer. Lo que ella estima, lo único que desea es *agradar* a Jesús... Ahora que él parece acercarse a ella para llevarla a la morada de su gloria, su hija se alegra. Hace ya mucho que ha comprendido que Dios no tiene necesidad de nadie (y mucho menos de ella que de los demás) para hacer el bien en la tierra.

Perdóneme, Madre, si la estoy poniendo triste..., me gustaría tanto alegrarla... Pero si sus oraciones no son escuchadas en la tierra, si Jesús separa durante

algunos días a la Madre de la hija, ¿cree que esas oraciones no serán escuchadas en el cielo...?

Yo sé que su deseo es que yo realice junto a usted una misión muy⁵ dulce y muy fácil. ¿Pero no podría concluirla desde el cielo...? Como un día Jesús dijo a san Pedro, también usted le dijo a su hija: «Apacienta mis corderos». Y yo me quedé atónita, y le dije que «era demasiado *pequeña...*», y le pedí que apacentase usted misma a sus corderitos, y que me cuidase también a mí y me concediera la gracia de pastar con ellos. Y usted, Madre querida, respondiendo *en parte* a mi justo deseo, cuidó de los corderitos a la vez que de las ovejas⁶, encargándome a mí de llevarlos a ellos con frecuencia a pacer a la *sombra*, de enseñarles las hierbas mejores y las más nutritivas, y también de mostrarles las flores de brillantes colores que nunca deben tocar a no ser para aplastarlas con sus pies...

Usted no ha temido, Madre querida, que yo extraviase a sus corderitos. Ni mi inexperiencia ni mi [4rº] juventud la han asustado. Tal vez se acordó de que el Señor se suele complacer en conceder la sabiduría a los pequeños, y de que un día, exultante de gozo, bendijo a su Padre por haber escondido sus secretos a los sabios y entendidos y habérselas revelado a los más pequeños.

Usted, Madre, sabe bien que son muy pocas las almas que no miden el poder divino por la medida de sus cortos pensamientos y que quieren que haya excepciones a todo en la tierra. ¡Sólo Dios no tiene derecho alguno a hacerlas! Sé que hace mucho tiempo que entre los humanos se practica esta forma de medir la experiencia por los años, pues ya el santo rey David en su adolescencia cantaba al Señor: «Soy *joven* y despreciado». Sin embargo, no teme decir en ese mismo salmo 118: «Soy más sagaz que los ancianos, porque busco tu voluntad... Tu palabra es lámpara para mis pasos... Estoy dispuesto para cumplir tus mandatos, y *nada me turba...*»

Madre querida, usted no tuvo reparo en decirme un día que Dios iluminaba mi alma, que hasta me daba la experiencia de los *años...* Madre, yo soy *demasiado pequeña* para sentir vanidad, soy *demasiado pequeña* también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que tengo una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que el Todopoderoso ha hecho obras grandes en el alma de la hija de su divina Madre, y que la más grande de todas es haberle hecho ver su *pequeñez*, su impotencia.

[4vº] Madre querida, usted sabe cómo Dios ha querido que mi alma pasara por muchas clases de pruebas. He sufrido mucho desde que estoy en la tierra. Pero si en mi niñez sufría con tristeza, ahora ya no sufro así: lo hago con alegría y con paz, soy realmente feliz de sufrir.

Madre, muy bien tiene que conocer usted todos los secretos de mi alma para no sonreír al leer estas líneas. Pues, a juzgar por las apariencias, ¿existe acaso un alma menos probada que la mía? Pero ¡qué extrañada se quedaría mucha gente si la prueba que desde hace un año vengo sufriendo apareciese ante sus ojos...!

Usted, Madre querida, conoce ya esta prueba. Sin embargo, quiero volver a hablarle de ella, pues la considero como una gracia muy grande que he recibido durante su bendito priorato.

Primeras hemoptisis

El año pasado, Dios me concedió el consuelo de observar los ayunos de cuaresma en todo su rigor. Nunca me había sentido tan fuerte, y estas fuerzas se mantuvieron hasta Pascua.

Sin embargo, el día de Viernes Santo⁷ Jesús quiso darme la esperanza de ir pronto a verle en el cielo... ¡Qué dulce es el recuerdo que tengo de ello...! Después de haberme quedado hasta media noche ante el monumento, volví a nuestra celda. Pero apenas había apoyado la cabeza en la almohada, cuando sentí como un flujo que subía, que me subía borboteando hasta los labios.

Yo no sabía lo que era, pero pensé que a lo mejor me iba a morir, y mi alma se sintió inundada [5rº] de gozo... Sin embargo, como nuestra lámpara estaba apagada, me dije a mí misma que tendría que esperar hasta la mañana para cerciorarme de mi felicidad, pues me parecía que lo que había vomitado era sangre.

La mañana no se hizo esperar mucho, y lo primero que pensé al despertarme fue que iba a descubrir algo muy hermoso. Acercándome a la ventana, pude comprobar que no me había equivocado..., ¡y mi alma se llenó de una enorme alegría! Estaba íntimamente convencida de que Jesús, en el aniversario de su muerte, quería hacerme oír una primera llamada. Era como un tenue y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo...

Asistí con gran fervor a Prima y al capítulo de los perdones⁸. Estaba impaciente porque me llegara el turno, para, al pedirle perdón, Madre querida, poder confiarle mi esperanza y mi felicidad. Pero añadí que no sufría lo más mínimo (lo cual era muy cierto), y le pedí, Madre, que no me diese nada especial. Y, en efecto, tuve la alegría de pasar el Viernes Santo como deseaba. Nunca me parecieron tan deliciosas las austeridades del Carmelo. La esperanza de ir al cielo me volvía loca de alegría.

Cuando llegó la noche de aquel venturoso día, nos fuimos a descansar. Pero, como la noche anterior, Jesús me dio la misma señal de que mi entrada en la vida eterna no estaba lejos...

La mesa de los pecadores

Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza [5vº] que hubiese incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa.

Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesús me hizo conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas.

Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento...

Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavía...

Quisiera poder expresar lo que siento, pero, ¡ay!, creo que es imposible. Es preciso haber peregrinado por este negro túnel para comprender su oscuridad. Trataré, sin embargo, de explicarlo con una comparación.

Me imagino que he nacido en un país cubierto de espesa niebla, y que nunca he contemplado el rostro risueño de la naturaleza inundada de luz y transfigurada por el sol radiante. Es cierto que desde la niñez estoy oyendo hablar de esas maravillas. Sé que el país en el que vivo no es mi patria y que hay otro al que debo aspirar sin cesar. Esto no es una historia inventada por un habitante del triste país donde me encuentro, sino que es una verdadera realidad, porque el Rey de aquella patria del sol radiante ha venido a vivir 33 años [6rº] en el país de la tinieblas.

Las tinieblas, ¡ay!, no supieron comprender que este Rey divino era la luz del mundo... Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar...

¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás...

Madre querida, esto que le estoy escribiendo no tiene la menor ilación. Mi pequeña historia, que se parecía a un cuento de hadas, se ha cambiado de pronto en oración.

Yo no sé qué interés pueda usted encontrar en leer todos estos pensamientos confusos y mal expresados. De todas maneras, Madre, no escribo para hacer una obra literaria, sino por obediencia. Si la aburro, verá al menos que su hija ha dado pruebas de su buena voluntad. Voy, pues, [6vº] a continuar con mi comparación, sin desanimarme, desde el punto en que la dejé.

Decía que desde niña crecí con la convicción de que un día me iría lejos de aquel país triste y tenebroso. No sólo creía por lo que oía decir a personas más sabias que yo, sino porque en el fondo de mi corazón yo misma sentía profundas aspiraciones hacia una región más bella. Lo mismo que a Cristóbal Colón su genio le hizo intuir que existía un nuevo mundo, cuando nadie había soñado aún con él, así yo sentía que un día otra tierra me habría de servir de morada permanente.

Pero de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que me es imposible descubrir en ella la imagen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descansa con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión *eterna* del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada».

[7rº] Madre querida, la imagen que he querido darle de las tinieblas que oscurecen mi alma es tan imperfecta como un boceto comparado con el modelo. Sin embargo, no quiero escribir más, por temor a blasfemar... Hasta tengo miedo de haber dicho demasiado...

Que Jesús me perdone si le he disgustado. Pero él sabe muy bien que, aunque yo no goce de la alegría de la fe, al menos trato de realizar sus obras. Creo que he hecho más actos de fe de un año a esta parte que durante toda mi vida. Cada vez que se presenta el combate, cuando los enemigos vienen a provocarme, me porto valientemente: sabiendo que batirse en duelo es una cobardía, vuelvo la espalda a mis adversarios sin dignarme siquiera mirarlos a la cara, corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad.

Así, a pesar de esta prueba que me roba *todo goce*, aún puedo exclamar: «Tus acciones, Señor, son mi *alegría*» (Sal XCI). Porque ¿existe *alegría* mayor que la de sufrir por tu amor...? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto menos aparece a los ojos de las criaturas y más te alegra a ti, Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe...

[7vº] Madre querida, quizás le parezca que estoy exagerando mi prueba. En efecto, si usted juzga por los sentimientos que expreso en las humildes poesías que he compuesto durante este año, debo de parecerle un alma llena de consuelos, para quien casi se ha rasgado ya el velo de la fe. Y sin embargo, no es ya un velo para mí, es un muro que se alza hasta los cielos y que cubre el firmamento estrellado...

Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que *quiero creer*. Es cierto que, a veces, un rayo pequeñito de sol viene a iluminar mis tinieblas, y entonces la prueba cesa *un instante*. Pero luego, el recuerdo de ese rayo, en vez de causarme alegría, hace todavía más densas mis tinieblas.

Nunca, Madre, he experimentado tan bien como ahora cuán compasivo y misericordioso es el Señor: él no me ha enviado esta prueba hasta el momento en que tenía fuerzas para soportarla; antes, creo que me hubiese hundido en el desánimo... Ahora hace que desaparezca todo lo que pudiera haber de satisfacción natural en el deseo que yo tenía del cielo... Madre querida, ahora me parece que nada me impide ya volar, pues no tengo ya grandes deseos, a no ser el de amar hasta morir de amor... (9 de junio)⁹.

[8rº] Madre querida, estoy completamente asombrada de lo que le escribí ayer. ¡Qué garabatos...! Me temblaba tanto la mano, que no pude continuar, y ahora lamento hasta haber intentado seguir escribiendo. Espero poder hacerlo hoy de manera más legible, pues ya no estoy en la cama, sino en un precioso silloncito todo blanco.

Veo, Madre, que todo esto que le digo no tiene la menor ilación; pero antes de hablarle del pasado, siento la necesidad de hablarle de mis sentimientos actuales, pues más tarde quizás los haya olvidado

Quiero, ante todo, decirle cómo me conmueven todas sus delicadezas maternas. Créame, Madre querida, el corazón de su hija desborda de gratitud y nunca olvidará lo mucho que le debe...

Madre, lo que más me ha emocionado de todo es la novena que está haciendo a nuestra Señora de las Victorias, son las Misas que ha encargado decir para obtener mi curación. Siento que todos esos tesoros espirituales hacen un gran bien a mi alma.

Al empezar la novena, yo le decía, Madre, que la Santísima Virgen tenía que curarme o bien llevarme al cielo, pues me parecía muy triste para usted y para la comunidad tener que cargar con una joven religiosa enferma. Ahora acepto estar toda la vida enferma, si eso le agrada a Dios, y me resigno incluso a que mi vida sea muy larga. La única gracia [8vº] que deseo es que mi vida acabe rota por el amor.

No, no temo una vida larga, no rehúso el combate, pues el Señor es la roca sobre la que me alzo, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea, él es mi escudo, yo confío en él (Sal CXLIII). Por eso, nunca he pedido a Dios morir joven¹⁰, aunque es cierto que siempre he esperado que fuera ésa su voluntad.

Muchas veces el Señor se conforma con nuestros deseos de trabajar por su gloria, y usted sabe, Madre mía, que mis deseos son muy grandes. También sabe que

Jesús me ha presentado más de un cáliz amargo y que lo ha alejado de mis labios antes de que lo bebiera, pero no sin antes darme a probar su amargura.

Madre querida, tenía razón el santo rey David cuando cantaba: Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Es verdad, y yo lo he experimentado muchas veces, pero esa unión tiene que realizarse en la tierra a base de sacrificios. Yo no vine al Carmelo para vivir con mis hermanas, sino sólo por responder a la llamada de Jesús. Intuía claramente que vivir con las propias hermanas, cuando una no quiere hacer la menor concesión a la naturaleza, iba a ser un motivo de continuo sacrificio,

¿Cómo se puede decir que es más perfecto alejarse de los suyos...? ¿Se les ha reprochado alguna vez a los hermanos que combatan en el mismo campo de batalla? ¿Se les ha reprochado el volar juntos a recoger la palma del martirio...? Al contrario, se ha pensado, [9rº] y con razón, que se animaban mutuamente, pero también que el martirio de cada uno de ellos se convertía en el martirio de todos los demás.

Lo mismo ocurre en la vida religiosa, a la que los teólogos llaman martirio. El corazón, al entregarse a Dios, no pierde su cariño natural; al contrario, ese cariño crece al hacerse más puro y más divino.

Madre querida, con este cariño la amo yo a usted y amo a mis hermanas. Soy feliz de combatir *en familia*¹¹ por la gloria del Rey de los cielos. Pero estoy dispuesta también a volar a otro campo de batalla, si el divino General me expresa su deseo de que lo haga. No haría falta una orden, bastaría una mirada, una simple señal.

La vocación misionera

Desde mi entrada en el arca bendita, siempre he pensado que si Jesús no me llevaba muy pronto al cielo, mi suerte sería la misma que la de la palomita de Noé: que un día el Señor abriría la ventana del arca y me mandaría volar muy lejos, muy lejos, hacia las riberas infieles, llevando conmigo la ramita de olivo.

Este pensamiento, Madre, ha hecho que mi alma creciera, y me ha hecho cernerme por encima de todo lo creado. Comprendí que incluso en el Carmelo podía haber separaciones y que sólo en el cielo la unión será completa y eterna. Y entonces quise que mi alma habitase en el cielo y que sólo de lejos mirase las cosas de la tierra. Acepté no sólo desterrarme yo a un pueblo desconocido, sino que también -lo cual me resultaba *mucho más amargo*- acepté el destierro [9vº] de mis hermanas.

Nunca olvidaré el 2 de agosto de 1896. Aquel día, que coincidió precisamente con el de la partida de los misioneros¹², se trató muy en serio de la partida de la madre Inés de Jesús. Yo no hubiera movido un solo dedo para impedirle partir; sin embargo, sentía una gran tristeza en mi corazón. Me parecía que su alma, tan sensible y delicada, no estaba hecha para vivir entre unas almas que no sabrían comprenderla. Otros mil pensamientos se agolpaban en mi mente. Y Jesús

callaba, no increpaba a la tempestad... Y yo le decía: Dios mío, por tu amor lo acepto todo. Si así lo quieres, acepto sufrir hasta morir de pena.

Jesús se contentó con la aceptación. Pero algunos meses después se habló de la partida de sor Genoveva y de sor María de la Trinidad. Aquella fue otra clase de sufrimiento, muy íntimo, muy profundo. Me imaginaba todos los trabajos y todas las decepciones que iban a tener que sufrir. En una palabra, mi cielo estaba cargado de nubarrones... Sólo el fondo de mi corazón seguía en calma y en la paz.

Su prudencia, Madre querida, supo descubrir la voluntad de Dios, y en su nombre prohibió a las novicias pensar por el momento en abandonar la cuna de su infancia religiosa.

No obstante, usted comprendía sus aspiraciones, pues usted misma, Madre, había pedido en su juventud ir a Saigón. Ocurre con frecuencia que los deseos de las madres hallan eco en el alma [10rº] de sus hijas. Y usted sabe, Madre querida, que su deseo apostólico halla en mi alma un eco fiel. Permítame confiarle por qué he deseado, y aún sigo deseándolo, si la Santísima Virgen me cura, cambiar por una tierra extranjera el oasis donde vivo tan feliz bajo su mirada maternal.

Para vivir en los Carmelos extranjeros -usted, Madre, me lo dijo- hay que tener una vocación muy especial. Muchas almas se creen llamadas a ello sin estarlo en realidad. Usted también me dijo que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para ello era mi salud. Sé que, si Dios me llamara a tierras lejanas, ese obstáculo desaparecería. Por eso, vivo sin la menor inquietud.

Si un día tuviese que dejar mi querido Carmelo, no lo haría, no, sin dolor. Jesús no me ha dado un corazón insensible; y justamente porque mi corazón es capaz de sufrir, deseo que le dé a Jesús todo lo que puede darle. *Aquí*, Madre querida, vivo sin la menor preocupación por las cosas de esta tierra miserable; mi único quehacer es cumplir la dulce y fácil misión que usted me ha encomendado.

Aquí me veo colmada de sus atenciones maternas; no sé lo que es la pobreza, pues nunca me ha faltado nada.

Pero, sobre todo, *aquí* me siento amada, por usted y por todas las hermanas, y este afecto es muy dulce para mí.

Por eso sueño con un monasterio donde nadie me conociese, donde tuviese que sufrir la pobreza, la falta de cariño, en una palabra, el destierro del corazón.

No, la razón para abandonar todo esto que tanto amo no sería la de prestar una serie de servicios al Carmelo que [10vº] quisiera recibirme. Ciertamente, haría todo lo que dependiese de mí; pero conozco mi incapacidad¹³ y sé que, aun haciendo todo lo posible, no lograría hacer nada de provecho, pues, como decía hace un momento, no tengo el menor conocimiento de las cosas de la tierra. Mi único objetivo sería, pues, hacer la voluntad de Dios y sacrificarme por él de la manera que a él más le agradase.

Estoy segura de que no sufriría la menor decepción, pues cuando se espera un sufrimiento puro y sin mezcla de ninguna clase, la menor alegría resulta una sorpresa inesperada. Y además, usted sabe, Madre, que el mismo sufrimiento, cuando se lo busca como el más preciado tesoro, se convierte en la mayor de las alegrías.

No, tampoco quiero partir con la intención de gozar del fruto de mis trabajos. Si eso fuera lo que busco, no sentiría esta dulce paz que me inunda, e incluso sufriría por no poder hacer realidad mi vocación en las lejanas misiones.

Hace ya mucho tiempo que no me pertenezco a mí misma, vivo totalmente entregada a Jesús. Por lo tanto, él es libre de hacer de mí lo que le plazca. El me dio la vocación del destierro total, y me hizo *comprender todos los sufrimientos* que en el iba a encontrar, preguntándome si quería beber ese cáliz hasta las heces. Yo quise coger sin tardanza esa copa que Jesús me ofrecía; pero él, retirando la mano, me dio a entender que se conformaba con mi aceptación.

[11rº] ¡De cuántas inquietudes nos libramos, Madre mía, al hacer el voto de obediencia! ¡Qué dichosas son las simples religiosas! Al ser su única brújula la voluntad de los superiores, tienen siempre la seguridad de estar en el buen camino. No tienen por qué temer equivocarse, aun cuando les parezca seguro que los superiores se equivocan.

Pero cuando dejamos de mirar a esa brújula infalible, cuando nos separamos del camino que ella nos señala, bajo pretexto de cumplir la voluntad de Dios, que no ilumina bien a los que sin embargo están en su lugar, entonces el alma se extravía por áridos caminos en los que pronto le faltará el agua de la gracia.

Madre queridísima, usted es la brújula que Jesús me ha dado para guiarme con seguridad a las riberas eternas. ¡Qué bueno es para mí fijar en usted la mirada y luego cumplir la voluntad del Señor! Desde que él permitió que sufriese tentaciones contra la fe, ha hecho crecer enormemente en mi corazón el espíritu de fe, que me hace ver en usted, no sólo a una madre que me ama y a quien amo, sino que, sobre todo, me hace ver a Jesús que vive en su alma y que me comunica por medio de usted su voluntad.

Sé muy bien, Madre, que usted me trata como a un alma débil, como a una niña mimada; por eso, no me resulta pesado cargar con el yugo de la obediencia. Pero, a juzgar por lo que siento en el fondo del corazón, creo que no cambiaría de conducta y que el amor que le tengo no sufriría merma alguna aunque [11vº] me tratase con severidad, pues seguiría pensando que era voluntad de Jesús que usted actuase así para el mayor bien de mi alma.

La caridad

Este año, Madre querida, Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Es cierto que también antes la comprendía, pero de manera imperfecta. No había profundizado en estas palabras de Jesús: «El segundo mandamiento es *semejante* al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amándolo, comprendí que mi amor no podía expresarse tan sólo en palabras, porque: «No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios». Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabía que el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamientos nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que *os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado*. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros.

[12rº] ¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. El era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores, ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Madre querida, meditando estas palabras de Jesús, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como las ama Dios. Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a *todos* los de la casa.

Yo pienso que esa lámpara representa a la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a *todos* los que están en la casa, sin exceptuar a nadie.

Cuando el Señor mandó a su pueblo amar al prójimo [12vº] como a sí mismo, todavía no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo bien hasta qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor mayor al prójimo. Pero cuando Jesús dio a sus apóstoles un mandamiento nuevo *-su mandamiento*, como lo llama más adelante-, ya no habla de amar al prójimo como a uno mismo, sino de amarle como *él, Jesús, le amó* y como le amará hasta la consumación de los siglos...

Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si *tú mismo*, Jesús mío, no las *amaras* también *en mí*. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento *nuevo*...

¡Y cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es *amar tú en mí* a todos los que me mandas amar...!

Sí, lo se: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas. Cuando quiero hacer que crezca en mí ese amor, y sobre todo cuando el demonio intenta poner ante los ojos de mi alma los defectos de tal o cual hermana que me cae menos simpática, me apresuro a buscar sus virtudes y sus buenos deseos, pienso que si la he visto caer una vez, puede haber conseguido un gran [13rº] número de victorias que oculta por humildad, y que incluso lo que a mí me parece una falta puede muy bien ser, debido a la recta intención, un acto de virtud. Y no me cuesta convencerme de ello, pues yo misma viví un día una experiencia que me demostró que no debemos juzgar a los demás..

Fue durante la recreación. La portera tocó dos campanadas, había que abrir la puerta de clausura a unos obreros para que metieran unos árboles destinados al belén. La recreación no estaba animada, pues faltaba usted, Madre querida. Así que pensé que me gustaría mucho que me mandasen como tercera; y justo la madre subpriora me dijo que fuese yo a prestar ese servicio, o bien la hermana que estaba a mi lado. Inmediatamente comencé a desatarme el delantal, pero muy despacio para que mi compañera pudiese quitarse el suyo antes que yo, pues pensaba darle un gusto dejándola hacer de tercera. La hermana que suplía a la procuradora nos miraba riendo, y, al ver que yo me había levantado la última, me dijo: Ya sabía yo que no eras tú quien iba a ganarse una perla para tu corona, ibas demasiado despacio...

Toda la comunidad, a no dudarlo, pensó que yo había actuado siguiendo mi impulso natural. Pero es increíble el bien que una cosa tan insignificante hizo a mi alma y lo comprensiva que me volvió ante las debilidades de las demás.

Eso mismo me impide también tener vanidad cuando me juzgan favorablemente, pues razono así: Si mis pequeños actos de virtud los toman por imperfecciones, lo mismo pueden [13vº] engañarse tomando por virtud lo que sólo es imperfección. Entonces digo con san Pablo: Para mí, lo de menos es que me pida cuentas un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. Mi juez es el Señor. Por eso, para que el juicio del Señor me sea favorable, o, mejor, simplemente para no ser juzgada, quiero tener siempre pensamientos caritativos, pues Jesús nos dijo: No juzguéis, y no os juzgarán.

Madre, al leer lo que acabo de escribir, usted podría pensar que la práctica de la caridad no me resulta difícil. Es cierto que, desde hace algunos meses, ya no tengo que luchar para practicar esta hermosa virtud. No quiero decir con esto que no cometa algunas faltas. No, soy demasiado imperfecta para eso. Pero cuando caigo, no me cuesta mucho levantarme, porque en un cierto combate conseguí la victoria, y desde entonces la milicia celestial viene en mi ayuda, pues no puede sufrir verme vencida después de haber salido victoriosa en la gloriosa batalla que voy a tratar de describir.

Hay en la comunidad una hermana que tiene el don de desagradarme en todo. Sus modales, sus palabras, su carácter me resultan *sumamente desagradables*. Sin embargo, es una santa religiosa, que debe de ser *sumamente agradable* a Dios.

Entonces, para no ceder a la antipatía natural que experimentaba, me dije a mí misma que la caridad no debía consistir en simples sentimientos, sino en obras, y [14rº] me dediqué a portarme con esa hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que la encontraba, pedía a Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos.

Sabía muy bien que esto le gustaba a Jesús, pues no hay artista a quien no le guste recibir alabanzas por sus obras. Y a Jesús, el Artista de las almas, tiene que gustarle enormemente que no nos detengamos en lo exterior, sino que penetremos en el santuario íntimo que él se ha escogido por morada y admiremos su belleza.

No me conformaba con rezar mucho por esa hermana que era para mí motivo de tanta lucha. Tratava de prestarle todos los servicios que podía; y cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas y procuraba cambiar de conversación, pues, como dice la Imitación: Mejor es dejar a cada uno con su idea que pararse a contestar.

Con frecuencia también, fuera de la recreación (quiero decir durante las horas de trabajo), como tenía que mantener relaciones con esta hermana a causa del oficio¹⁴, cuando mis combates interiores eran demasiado fuertes, huía como un desertor.

Como ella ignoraba por completo lo que yo sentía hacia su persona, nunca sospechó los motivos de mi conducta, y vive convencida de que su carácter me resultaba agradable.

Un día, en la recreación, me dijo con aire muy satisfecho más o menos estas palabras: «¿Querría decirme, hermana Teresa del Niño Jesús, qué es lo que la atrae tanto en mí? Siempre que me mira, la veo sonreír». ¡Ay!, lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma... Jesús, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreía porque me alegraba verla (por supuesto que no añadí que era bajo un punto de vista espiritual).

[14vº] Madre querida, como le he dicho, mi *último recurso* para no ser vencida en los combates es la deserción. Este recurso lo empleaba ya durante el noviciado, y siempre me dio muy buenos resultados. Quiero, Madre, citarle un ejemplo que la va a hacer sonreír.

Durante una de sus bronquitis, fui una mañana muy despacito a dejar en su celda las llaves de la reja de la comunión, pues era sacristana. En el fondo, no me disgustaba aquella ocasión que tenía de verla a usted, incluso me agradaba mucho, aunque trataba de disimularlo. Una hermana, animada de un santo celo, pero que sin embargo me quería mucho, al verme entrar en su celda, pensó,

Madre, que iba a despertarla, y quiso cogermela las llaves; pero yo era demasiado lista para dárselas y *ceder de mis derechos*. Le dije, lo más educadamente que pude, que yo tenía tanto interés como ella en no despertarla, y que me tocaba *a mí* entregar las llaves...

Ahora comprendo que habría sido mucho más perfecto ceder ante aquella hermana, joven, es cierto, pero al fin más antigua que yo¹⁵. Pero entonces no lo comprendí; y por eso, queriendo a toda costa entrar a su pesar detrás de ella, que empujaba la puerta para no dejarme pasar, pronto ocurrió la desgracia que las dos nos temíamos: el ruido que hacíamos le hizo a usted abrir los ojos...

Entonces, Madre, toda la culpa recayó sobre mí. La pobre hermana a la que yo había opuesto resistencia se puso a echar un discurso, cuyo fondo sonaba así: Ha sido sor Teresa del Niño Jesús la que ha hecho ruido... ¡Dios mío, qué hermana tan antipática...!, etc. [15rº] Yo, que pensaba todo lo contrario, sentía unas ganas enormes de defenderme. Afortunadamente, me vino una idea luminosa: pensé en mi interior que, si empezaba a justificarme, no iba a poder conservar la paz en mi alma; sabía también que no tenía la suficiente virtud como para dejarme acusar sin decir nada. Así que mi única tabla de salvación era la huida. Pensado y hecho: me fui sin decir ni mus, dejando que la hermana continuase su discurso, que se parecía a las imprecaciones de Camila contra Roma.

Me latía tan fuerte el corazón, que no pude ir muy lejos, y me senté en la escalera para disfrutar en paz los frutos de mi victoria. Aquello no era valentía, ¿verdad, Madre querida? Pero creo que, cuando la derrota es segura, vale más no exponerse al combate.

¡Ay!, cuando vuelvo con el pensamiento al tiempo de mi noviciado, me doy cuenta de lo imperfecta que era... Me angustiaba por tan poca cosa, que ahora me río de ello. ¡Qué bueno es el Señor, que hizo crecer a mi alma y le dio alas...! Ahora ya ni todas las redes juntas de los cazadores me dan miedo, «pues de nada sirve tender redes a la vista de las aves» (Prov.).

Seguramente que más adelante el tiempo en que ahora vivo me parecerá también lleno de imperfecciones, pero ahora no me sorprende ya de nada ni me aflige al ver que soy la *debilidad* misma; al contrario, me glorío de ello y espero descubrir cada día en mí nuevas imperfecciones. Acordándome de que la caridad cubre la multitud de los [15vº] pecados, exploto esta mina fecunda que Jesús ha abierto ante mí.

El Señor explica en el Evangelio en qué consiste su mandamiento nuevo. Dice en san Mateo: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen».

La verdad es que en el Carmelo una no encuentra enemigos, pero sí que hay simpatías. Se siente atracción por una hermana, mientras que ante otra darías un gran rodeo para evitar encontrarte con ella, y así, sin darse cuenta, se convierte en motivo de persecución. Pues bien, Jesús me dice que a esa hermana hay que

amarla, que hay que rezar por ella, aun cuando su conducta me indujese a pensar que ella no me ama: «Pues si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman». San Lucas, VI.

Y no basta con amar, hay que demostrarlo. Es natural que nos guste hacer un regalo a un amigo, y sobre todo que nos guste dar sorpresas. Pero eso no es caridad, pues también los pecadores lo hacen. Y Jesús nos dice también: «A *todo el que* te pide, dale, y *al que* se lleve lo tuyo no se lo reclames».

Dar a todas las que *pidan* gusta menos que ofrecer algo una misma por propia iniciativa. Más aún, cuando se nos pide algo amablemente, no nos cuesta dar. Pero si, por desgracia, no se emplean palabras bastante delicadas, enseguida el alma se rebela si no está firmemente afianzada en la caridad. Encuentra mil razones para negar [16rº] lo que le piden y sólo después de haber convencido de su falta de delicadeza a la que pide acaba dándole *como un favor* lo que reclama, o le presta un ligero servicio¹⁶ que le habría exigido veinte veces menos tiempo del que le llevó hacer valer sus derechos imaginarios.

Si es difícil dar a todo el que nos pide, lo es todavía mucho más dejar que nos cojan lo que nos pertenece, sin reclamarlo. Digo, Madre, que es difícil, pero debería más bien decir que *parece* difícil, pues el yugo del Señor es suave y ligero. Cuando lo aceptamos, sentimos enseguida su suavidad y exclamamos con el salmista: «*Corrí* por el camino de tus mandatos cuando me ensanchaste el corazón».

Sólo la caridad puede ensanchar mi corazón. Y desde que esta dulce llama lo consume, Jesús, corro alegre por el camino de tu mandato *nuevo*... Y quiero correr por él hasta que llegue el día venturoso en que, uniéndome al cortejo de las vírgenes, pueda seguirte por los espacios infinitos cantando tu cántico *nuevo*, que será el cántico del amor.

Decía que Jesús no quiere que reclame lo que me pertenece. Y debería parecerme fácil y natural, pues no tengo nada mío. Por el voto de pobreza he renunciado a los bienes de la tierra. No tengo, pues, derecho a quejarme si me quitan algo que no me pertenece; al contrario, debería alegrarme cuando se me ofrece la ocasión de vivir la pobreza.

Tiempo atrás creía no estar apegada a nada. Pero desde que comprendí las palabras de Jesús, veo que, cuando llega la ocasión, [16vº] soy aún muy imperfecta.

Por ejemplo, en el oficio de pintura nada es mío, lo sé muy bien. Pero si, al ponerme a trabajar, encuentro los pinceles y las pinturas en completo desorden, si ha desaparecido una regla o un cortaplumas, ya me pongo en un tris de perder la paciencia y tengo que armarme de todo mi valor para no reclamar con aspereza los objetos que me faltan.

A veces, ¿cómo no?, hay que pedir las cosas indispensables; pero si se hace con humildad, no se falta al mandamiento de Jesús, al contrario, se obra como los

pobres, que tienden la mano para recibir lo que necesitan, y, si son rechazados, no se extrañan, pues nadie les debe nada.

¡Y qué paz inunda el alma cuando se eleva por encima de los sentimientos de la naturaleza...! No, no existe alegría comparable a la que saborea el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento algo que necesita, y no sólo se lo niegan sino que hasta intentan quitarle lo que tiene, está siguiendo el consejo de Jesús: «Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa...» Darle también la capa es, creo yo, renunciar una a sus últimos derechos, considerarse como la sierva y la esclava de las demás.

Cuando se ha entregado la capa, es más fácil caminar, correr. Por eso Jesús añade: «Y al que te exija caminar con él mil pasos, acompáñale dos mil».

Así que [17r^o] no basta con dar a quien me pida; debo adelantarme a su deseos, mostrarme muy agradecida y muy honrada de poder prestarle un servicio; y si me cogen una cosa que tengo a mi uso, no he de hacer ver que lo siento, sino, por el contrario, mostrarme contenta de que me hayan *quitado de en medio ese estorbo*.

Madre querida, estoy muy lejos de practicar lo que entiendo tan bien, pero el simple deseo que tengo de hacerlo me da paz.

Me doy cuenta, más aún que los días anteriores, que me he explicado rematadamente mal. He hecho una *especie* de *discurso* sobre la caridad, cuya lectura ha tenido que cansarla.

Perdóneme, Madre querida, y piense que en este momento las enfermeras¹⁷ están practicando conmigo lo que acabo de escribir: no les importa caminar dos mil pasos cuando veinte bastarían. ¡He podido, pues, contemplar la caridad en acción¹⁸! Sin duda que mi alma debe sentirse perfumada por ello. Pero mi mente confieso que se ha paralizado un poco ante semejante abnegación, y mi pluma ha perdido agilidad.

Para poder trasladar al papel mis pensamientos, tendría que estar como el pájaro solitario¹⁹, y pocas veces tengo esa suerte. En cuanto cojo la pluma, aparece una hermana que pasa junto a mí con la horca al hombro y que cree que me distraerá dándome un poco de palique: el heno, los patos, las gallinas, la visita del médico, todo sale a relucir.

A decir verdad, la escena no dura mucho; pero hay *más de una hermana caritativa*, y de pronto otra heneadora me deja unas flores sobre las rodillas, pensando quizás inspirarme pensamientos poéticos. Y yo, que en ese momento no los busco, [17v^o] preferiría que las flores siguieran meciéndose en sus tallos.

Por fin, cansada de abrir y cerrar este famoso cuaderno, abro un libro (que no quiere quedarse abierto), y digo muy decidida que estoy copiando algunos pensamientos de los salmos y del Evangelio para el santo de nuestra Madre. Y es muy cierto, pues no economizo precisamente las citas...

Madre querida, creo que la divertiría mucho si le contase todas mis aventuras en los bosquecillos del Carmelo. No sé si habré podido escribir diez líneas sin verme interrumpida. Esto no debería hacerme reír, ni divertirme; pero, por amor a Dios y a mis hermanas (tan caritativas conmigo), trato de parecer contenta, y sobre todo de *estarlo*...

Ahora mismo acaba de irse una heneadora después de decirme con tono compasivo: -«Pobre hermanita, ¡cómo tiene que cansarte estar escribiendo así todo el día! -«No te preocupes, le contesté, parece que escribo mucho, pero en realidad no escribo casi nada». -«Me alegro, me dijo ya más tranquila; de todas formas, me alegro de que estemos con la siega, pues eso no dejará de distraerte un poco».

Y, en efecto, es una distracción tan grande la que tengo (sin contar las visitas de las enfermeras), que no miento cuando digo que no escribo casi nada.

Por suerte, no me desanimo fácilmente. Para demostrárselo, Madre, voy a terminar de explicarle lo que Jesús me ha hecho comprender acerca de la caridad.

Hasta aquí sólo le he hablado de lo exterior. Ahora quisiera decirle cómo entiendo yo la [18^o] caridad puramente espiritual.

Estoy segura, Madre, de que no tardaré en mezclar una con otra. Pero como es a usted a quien le hablo, sé que no le será difícil captar mi pensamiento y desenredar la madeja de su hija.

No siempre es posible en el Carmelo practicar al pie de la letra las enseñanzas del Evangelio. A veces una se ve obligada, en razón de su oficio, a negarse a hacer un favor. Pero cuando la caridad ha echado hondas raíces en el alma, se manifiesta al exterior. Hay una forma tan elegante de negar lo que no se puede dar, que la negativa agrada tanto como el mismo don. Es cierto que cuesta menos pedir un favor a una hermana que está siempre dispuesta a complacernos. Pero Jesús dijo: «Al que te pide prestado, no lo rehuyas». Así pues, no debemos huir de las hermanas que tienen la costumbre de estar siempre pidiendo favores, con el pretexto de que tendremos que negárselos. Ni debemos tampoco ser serviciales por *parecerlo*, o con la esperanza de que en otra ocasión la hermana a la que ahora ayudamos nos devolverá el favor, pues Nuestro Señor nos dice también: «Y si prestáis a aquellos de los esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestar a otros pecadores con intención de cobrárselo. No, vosotros *prestad sin esperar nada*, y tendréis un gran premio».

Sí, el premio es grande, incluso en esta tierra... En este camino, sólo cuesta dar el primer paso. *Prestar sin esperar nada* a cambio parece duro a la naturaleza; preferiríamos *dar*, pues lo que damos [18^vo] ya no nos pertenece.

Cuando alguien viene a decirnos con aire muy sincero: «Hermana, necesito tu ayuda durante unas horas; pero no te preocupes, que ya tengo permiso de nuestra Madre, y en otra ocasión te *devolveré* el tiempo que me dediques, pues sé lo

ocupada que estás», como realmente sabemos muy bien que ese tiempo que *prestamos* nunca se nos devolverá, preferiríamos decir: Te lo regalo

Esto satisfaría nuestro amor propio, pues dar es un acto más generoso que prestar, y además así hacemos saber a la hermana que no contamos con sus servicios...

¡Qué contrarias a los sentimientos de la naturaleza son las enseñanzas de Jesús! Sin la ayuda de su gracia, no sólo no podríamos ponerlas por obra, sino ni siquiera comprenderlas.

Inicio

NOTAS AL MANUSCRITO C (CAPÍTULO X)

1 La difícil elección de la madre María de Gonzaga para el priorato, el 21/3/1896. A pesar de que la madre Inés no fue reelegida, Teresa mostró una lealtad a toda prueba hacia la nueva (y antigua) priora.

2 Teresa define en pocas palabras su relación con la madre María de Gonzaga, a la que conoce desde la edad de nueve años, y que creyó en su vocación (Ms A 26vº). La priora la trató como a una hija, aunque durante sus primeros años en el Carmelo se mostró con ella muy severa (cf Ms A 70vº).

3 Al encargar a Teresa de la formación de las novicias (sin el título de maestra) y al pedirle que escribiera sus pensamientos.

4 Uno de los grandes pilares en el pensamiento y en la vida de Teresa (Ms A 71rº; Ms C 22vº, 31rº).

5 La de cuidar a las novicias.

6 La novicias y las profesas.

7 Primera hemoptisis en la noche del 2 al 3 de abril de 1896; segunda, en la noche del viernes 3.

8 El Viernes Santo, la priora hacía en la sala capitular una plática sobre la caridad, y las hermanas se pedían perdón dándose un abrazo.

9 Segundo aniversario de la *Ofrenda al Amor misericordioso*. Esa fecha, escrita a lápiz por Teresa, parece tardía.

10 A Teresa siempre le gustaron los santos y los mártires jóvenes: Cecilia, Inés, Juana de Arco, Teófilo Vénard, Tarsicio, Estanislao Kostka, los Santos Inocentes.

11 El subrayado de *en familia* muestra bien a las claras que Teresa quiere insistir en el hecho de que su familia no son las hermanas Martin, sino todas las hermanas del monasterio.

12 El P. Roulland embarcaba en Marsella rumbo a China.

13 Teresa pasaba por ser lenta y poco hábil; cf, por ejemplo, CA 15.5.6 y 13.7.18. Si desea partir, no es para predicar o para *prestar servicios*; en tierras de misión, el ideal carmelitano sigue siendo el mismo: amar, *sacrificarse*.

14 En la sacristía.

15 Sor Marta tenía siete años y medio más que Teresa, y había entrado en el Carmelo cuatro meses antes que ella.

16 La forma de *prestar un servicio*, cosa tan importante en la vida comunitaria, atraviesa muchas páginas del Ms C (14rº, 17rº, 18rº, 28rº, 29rº, 29vº).

17 Sor San Estanislao y sor Genoveva.

18 Teresa cuenta lo que está viendo desde su silla de ruedas de enferma en el paseo de los castaños.

19 Alusión a san Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, canc. 1415, nº 24.

Inicio

CAPÍTULO XI

LOS QUE USTED ME DIO

(18961897)

Madre, Jesús ha concedido a su hija la gracia de penetrar en las profundidades misteriosas de la caridad. Si ella pudiese expresar todo lo que se la ha dado a entender, usted escucharía una melodía de cielo. Pero, ¡ay!, lo único que puedo hacerle oír son simples balbuceos infantiles... Si no vinieran en mi ayuda las propias palabras de Jesús, me sentiría tentada de pedirle disculpas y de dejar la pluma... Pero no, he de terminar por obediencia lo que comencé por obediencia.

Novicias y hermanos espirituales

Madre querida, yo escribía ayer que, al no ser míos los bienes de aquí abajo, no debería resultarme difícil no reclamarlos nunca si alguien me los quita.

Tampoco los bienes del cielo me pertenecen. Me han sido *prestados* por Dios, que puede [19rº] quitármelos sin que yo tenga ningún derecho a quejarme.

Sin embargo, los bienes que vienen directamente de Dios, las intuiciones de la inteligencia y del corazón, los pensamientos profundos, todo eso constituye una riqueza a la que solemos apegarnos como a un bien propio que nadie tiene derecho a tocar...

Por ejemplo, si durante la licencia comunicamos a una hermana alguna luz recibida en la oración, y poco después esa hermana, hablando con otra, le dice lo que le habíamos confiado como si lo hubiese pensado ella misma, parece que se apropia de algo que no era suyo.

O bien, cuando en la recreación decimos por lo bajo a nuestra compañera una frase ingeniosa o que viene como anillo al dedo, si ella la repite en voz alta sin decir la fuente de donde procede, parece también un robo a la propietaria, que no reclama nada pero que tiene muchas ganas de hacerlo y que aprovechará la primera ocasión para hacer saber sutilmente que se han apropiado de sus pensamientos.

Instrumentos de Dios

Madre, yo no sabría explicarle tan bien estos tristes sentimientos de la naturaleza si yo misma no los hubiese experimentado en mi propio corazón. Y me gustaría mecirme en la dulce ilusión de que sólo han visitado el mío, si usted no me hubiese mandado escuchar las tentaciones de sus queridas novicias.

En el cumplimiento de la misión que usted me confió he aprendido mucho. Sobre todo, me he visto obligada a practicar yo misma lo que enseñaba a las demás. Y así, ahora puedo decir que Jesús me ha concedido la gracia de no estar más apegada a los bienes del espíritu y del corazón que a los de la tierra.

Si alguna vez me ocurre pensar y decir algo [19vº] que les gusta a mis hermanas, me parece completamente natural que se apropien de ello como de un bien suyo propio. Ese pensamiento pertenece al Espíritu Santo y no a mí, pues san Pablo dice que, sin ese Espíritu de amor, no podemos llamar «Padre» a nuestro Padre que está en el cielo. El es, pues, muy libre de servirse de mí para comunicar a un alma un buen pensamiento. Si yo creyera que ese pensamiento me pertenece, me parecería al «asno que llevaba las reliquias», que pensaba que los homenajes tributados a los santos iban dirigidos a él.

No desprecio los pensamientos profundos que alimentan el alma y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo ya que he comprendido que el alma no debe apoyarse en ellos, ni hacer consistir la perfección en recibir muchas iluminaciones. Los pensamientos más hermosos no son nada sin las obras.

Es cierto que los demás pueden sacar mucho provecho de las luces que a ella se le conceden, si se humillan y saben dar gracias a Dios por permitirles tomar parte en el festín de un alma a la que él se digna enriquecer con sus gracias. Pero si esta alma se complace en sus *grandes pensamientos* y hace la oración del fariseo, entonces viene a ser como una persona que se muere de hambre ante una mesa bien surtida mientras todos sus invitados disfrutan en ella de comida abundante y hasta dirigen de vez en cuando una mirada de envidia al personaje poseedor de tantos bienes.

¡Qué gran verdad es que sólo Dios conoce el fondo de los corazones...! ¡Y qué cortos son los pensamientos de las criaturas...! Cuando ven un alma con más luces que las otras, enseguida [20rº] sacan la conclusión de que Jesús las ama a ellas menos que a esa alma y de que no las llama a la misma perfección.

¿Desde cuándo no tiene *ya derecho* el Señor a servirse de una de sus criaturas para conceder a las almas que ama el alimento que necesitan? En tiempos del

faraón el Señor aún tenía *ese derecho*, pues en la Sagrada Escritura le dice a este monarca: «Te he constituido rey para mostrar en ti mi poder y para hacer famoso mi nombre en toda la tierra». Desde que el Todopoderoso pronunció estas palabras han pasado siglos y siglos, y su forma de actuar sigue siendo la misma: siempre se ha servido de sus criaturas como de instrumentos para realizar su obra en las almas.

El pincelito

Si el lienzo que pinta un artista pudiera pensar y hablar, seguramente no se quejaría de que el *pincel* lo toque y lo retoque sin cesar; ni tampoco envidiaría la suerte de ese instrumento, pues sabría que la belleza que lo adorna no se la debe al pincel sino al artista que lo maneja.

El pincel, por su parte, no puede gloriarse de haber hecho él la obra de arte. Sabe que los artistas no se atan a un instrumento, que se ríen de las dificultades, que a veces les gusta escoger instrumentos débiles y defectuosos...

Madre querida, yo soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar su imagen en las almas que usted me ha confiado. Un artista no utiliza solamente un pincel, necesita al menos dos. El primero es el más útil, con él da los colores comunes, [20vº] y cubre totalmente el lienzo en muy poco tiempo; del otro, del más pequeño, se sirve para los detalles.

Madre querida, usted representa el precioso pincel que la mano de Jesús toma con amor cuando quiere hacer un *gran trabajo* en el alma de sus hijas; y yo soy el *pequeñito* del que luego quiere servirse para los detalles menores.

La primera vez que Jesús se sirvió de su pincelito fue hacia el 8 de diciembre de 1892. Siempre recordaré aquella época como un tiempo de gracias. Voy a confiarle, Madre querida, aquellos dulces recuerdos.

Cuando, a los 15 años, tuve la dicha de entrar en el Carmelo, me encontré con una compañera de noviciado que había ingresado unos meses antes. Tenía ocho años más que yo; pero su temperamento infantil borraba la diferencia de los años, así que pronto usted, Madre, tuvo la alegría de ver que sus dos postulantes se entendían a las mil maravillas y se hacían inseparables.

En orden a propiciar aquel afecto naciente, que le parecía que había de dar buenos frutos, nos permitió que tuviéramos juntas, de vez en cuando, algunas charlas espirituales.

Mi querida compañera me encantaba por su inocencia y por su carácter abierto. Pero, por otro lado, me extrañaba ver cuán distinto era el afecto que ella le tenía a usted del que le tenía yo. Había también, en su comportamiento con las hermanas, muchas otras cosas que yo hubiera deseado que cambiase...

Ya en aquella época Dios me hizo [21rº] comprender que hay almas a las que su misericordia no se cansa de esperar, a las que no concede su luz sino paso a

paso. Por eso, yo me cuidaba muy bien de adelantar su hora y esperaba pacientemente a que Jesús tuviese a bien hacerla llegar.

Reflexionando un día sobre el permiso que usted nos había dado para hablar y así inflamarnos más en el amor de nuestro Esposo, como dicen nuestras santas Constituciones, me di cuenta con tristeza de que nuestras conversaciones no alcanzaban el fin deseado. Entonces Dios me dio a entender que había llegado el momento y que ya no tenía por qué tener miedo a hablar, o que, de lo contrario, debería poner fin a unas conversaciones que tanto se parecían a las de dos amigas del mundo

Aquel día era sábado. Al día siguiente, durante la acción de gracias, le pedí a Dios que pusiera en mi boca palabras tiernas y convincentes, o, más bien, que hablase él mismo por mi boca. Jesús escuchó mi oración y permitió que el resultado colmase ampliamente mi esperanza, pues los que vuelvan su mirada hacia él quedarán radiantes (Sal XXXIII) y la luz brillará en las tinieblas para los rectos de corazón. Las primeras palabras se aplican a mí y las segundas a mi compañera, que realmente tenía un corazón recto...

Cuando llegó la hora en que habíamos quedado para encontrarnos, al poner los ojos en mí la pobre hermanita se dio cuenta enseguida de que yo no era la misma. Se sentó a mi lado, sonrojada, y yo, apoyando su cabeza en mi corazón, le dije, con llanto en [21vº] la voz, *todo lo que pensaba de ella*, pero con palabras tan tiernas y manifestándole tanto cariño, que pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías.

Reconoció con gran humildad que todo lo que le decía era verdad, me prometió comenzar una nueva vida y me pidió, como un favor, que le advirtiese siempre sus faltas. Al final, en el momento de separarnos, nuestro afecto se había vuelto totalmente espiritual, no había ya en él nada de humano²⁰. Se hacía realidad en nosotras aquel pasaje de la Sagrada Escritura: «Hermano ayudado por su hermano es como una plaza fuerte».

Lo que Jesús hizo con su pincelito se hubiera borrado pronto si él, Madre, no hubiese echado mano de usted para consumir su obra en aquella alma que él quería toda para sí.

A mi pobre compañera la prueba le pareció muy amarga, pero la firmeza que usted usó con ella acabó por triunfar. Y entonces fue cuando yo, tratando de consolarla, pude explicarle a quien usted me había dado por hermana entre todas las demás en qué consiste el verdadero amor. Le hice ver que era *a sí misma* a quien amaba, y no a usted. Le conté cómo la amaba a usted yo, y los sacrificios que me había visto obligada a hacer en los comienzos de mi vida religiosa para no encariñarme con usted de manera puramente material, como el perro se encariña con su dueño. El amor se alimenta de sacrificios; y de cuantas más satisfacciones naturales se priva el alma, más fuerte y desinteresado se hace su cariño.

Recuerdo que, siendo postulante, me venían a veces tan fuertes [22rº] tentaciones de entrar en su celda por mi satisfacción personal, por encontrar algunas gotas de

alegría, que me veía obligada a pasar a toda prisa por delante de la procura²¹ y a agarrarme fuertemente al pasamanos de la escalera; me venían a la cabeza un montón de permisos que pedir. En una palabra, encontraba mil razones para dar gusto a mi naturaleza...

Poder de la oración y el sacrificio

¡Cuanto me alegro ahora de todas las renunciaciones que me impuse desde el comienzo de mi vida religiosa! Ahora gozo ya del premio²² prometido a los que luchan valientemente. Siento que ya no necesito negarme todos los consuelos del corazón, pues mi alma está afianzada en el Único a quien quería amar. Veo feliz que, amándolo a él, el corazón se ensancha y que puede dar un cariño incomparablemente mayor a los que ama que si se encerrase en un amor egoísta e infructuoso.

Madre querida, le he recordado el primer trabajo que usted y Jesús quisieron llevar a cabo sirviéndose de mí. No era más que el prelude de los que iban a serme confiados.

Cuando me fue dado penetrar en el santuario de las almas²³, vi enseguida que la tarea era superior a mis fuerzas. Entonces me eché en los brazos de Dios como un niño, y, escondiendo mi rostro entre sus cabellos, le dije: Señor, yo soy demasiado pequeña para dar de comer a tus hijas. Si tú quieres darle a cada una, por medio de mí, lo que necesita, llena tú mi mano; y entonces, sin separarme de tus brazos y sin volver siquiera la cabeza, [22vº] yo entregaré tus tesoros al alma que venga a pedirme su alimento. Si lo encuentra de su gusto, sabré que no me lo debe a mí, sino a ti; si, por el contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no perderé la paz, intentaré convencerla de que ese alimento viene de ti y me guardaré muy bien de buscarle otro.

Madre, desde que comprendí que no podía hacer nada por mí misma, la tarea que usted me encomendó dejó de parecerme difícil. Vi que la única cosa necesaria era unirme cada día más a Jesús y que todo lo demás se me daría por añadidura. Y mi esperanza nunca ha sido defraudada. Dios ha tenido a bien llenar mi manita cuantas veces ha sido necesario para que yo pudiese alimentar el alma de mis hermanas.

Le confieso, Madre querida, que si me hubiese apoyado lo más mínimo en mis propias fuerzas, pronto le hubiera entregado las armas...

De lejos, parece de color de rosa eso de hacer bien a las almas, hacerlas amar más a Dios, en una palabra modelarlas según los propios puntos de vista y los criterios personales. *De cerca* ocurre todo lo contrario: el color rosa desaparece..., y una vez por experiencia que hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche... Se comprueba que hay que olvidarse por completo de los propios gustos y de las ideas personales, y guiar a las almas por los caminos que Jesús ha trazado para ellas, sin pretender hacerlas ir [23rº] por el nuestro.

Pero esto no es todavía lo más difícil. Lo que más me cuesta de todo es tener que estar pendiente de las faltas y de las más ligeras imperfecciones y declararles una guerra a muerte. Iba a decir: por desgracia para mí; pero no, eso sería cobardía. Así que digo: por suerte para mis hermanas.

Desde que me puse en brazos de Jesús, soy como el vigía que observa al enemigo desde la torre más alta de una fortaleza. Nada escapa a mis ojos. Muchas veces yo misma me sorprendo de ver tan claro, y me parece muy digno de excusar el profeta Jonás por haber huido en vez de ir a anunciar la ruina de Nínive. Preferiría mil veces ser reprendida que reprender yo a las demás. Pero entiendo que es muy necesario que eso me resulte doloroso, pues cuando obramos por impulso natural, es imposible que el alma a quien queremos hacer ver sus faltas entienda sus errores, ya que no ve más que una cosa: la hermana encargada de guiarme está enfadada, y pago los platos rotos yo, que estoy llena de la mejor voluntad.

Sé muy bien que a tus corderitos les parezco severa. Si leyeran estas líneas, dirían que no parece costarme lo más mínimo correr detrás de ellos, hablarles en tono severo mostrándoles su hermoso vellón manchado, o bien traerles algún ligero mechón de lana que han dejado prendido en los espinos del camino.

Los corderitos pueden decir lo que quieran. En el fondo, saben que les amo con verdadero amor y que yo nunca imitaré al mercenario, que, al ver venir al lobo, abandona el rebaño y [23vº] huye. Yo estoy dispuesta a dar mi vida por ellos. Pero mi afecto es tan puro, que no deseo que lo sepan. Nunca, por la gracia de Jesús, he tratado de granjearme sus corazones. Siempre he tenido muy claro que mi misión consistía en llevarlos a Dios y en hacerles comprender que, aquí en la tierra, usted, Madre, era el Jesús visible a quien deben amar y respetar.

Le he dicho, Madre querida, que yo misma había aprendido mucho instruyendo a las demás. Lo primero que descubrí es que todas las almas sufren más o menos las mismas luchas, pero que, por otra parte, son tan diferentes las unas de las otras, que no me resulta difícil comprender lo que decía el P. Pichon: «Hay mucha más diferencia entre las almas que entre los rostros».

Por tanto, no se las puede tratar a todas de la misma manera. Con ciertas almas, veo que tengo que hacerme pequeña, no tener reparo en humillarme confesando mis luchas y mis derrotas. Al ver que yo tengo las mismas debilidades que ellas, mis hermanitas me confiesan a su vez las faltas que se reprochan a sí mismas y se alegran de que las comprenda *por experiencia*. Con otras, por el contrario, he comprobado que, para ayudarlas, hay que tener una gran firmeza y no dar nunca marcha atrás de lo que se ha dicho. Abajarse no sería humildad, sino debilidad.

Dios me ha concedido la gracia de no temer el combate. Tengo que cumplir con mi deber al precio que sea. Más de una vez he oído decir esto: «Si quieres conseguir algo de mí, tendrás que ganarme por el camino de la dulzura; por [24rº] el de la fuerza no conseguirás nada». Sé que nadie es buen juez en propia causa, y que un niño al que el médico somete a una operación dolorosa no dejará de chillar y

de decir que es peor el remedio que la enfermedad; sin embargo, cuando a los pocos días se encuentre curado, se sentirá feliz de poder jugar y correr.

Lo mismo ocurre con las almas. No tardan en reconocer que, en ocasiones, un poco de acíbar es preferible al azúcar, y no tienen reparo en confesarlo.

A veces no puedo dejar de sonreír en mi interior al ver qué cambio se opera de un día para otro. ¡Parece cosa de magia...! Vienen a decirme: «Tuviste razón ayer al ser tan severa. En un primer momento me sublevó lo que me dijiste, pero luego fui recordándolo todo y vi que tenías razón... Ya ves, cuando me fui de tu lado, pensé que todo había terminado, y me decía: Iré a ver a nuestra Madre y le diré que ya no volveré más con sor Teresa del Niño Jesús. Pero me di cuenta de que era el demonio quien me inspiraba esas cosas. Además, me pareció que tú estabas rezando por mí. Entonces recobré la paz y la luz empezó a brillar. Pero ahora necesito que me acabes de iluminar, y por eso he venido».

Y enseguida entablamos conversación. Y me siento feliz de seguir los dictados de mi corazón no teniendo ya que servir ningún plato amargo.

Sí, pero... no tardo en darme cuenta de que no debo precipitarme, de que una sola *palabra* podría derribar todo el edificio construido entre lágrimas. Si tengo la mala suerte de decir una palabra que pueda atenuar lo que dije la víspera, veo que mi hermanita [24vº] intenta agarrarse a ella como a un clavo ardiendo; entonces rezo interiormente una oracioncita, y la verdad acaba triunfando.

Sí, toda mi fuerza se encuentra en la oración y en el sacrificio; son las armas invencibles que Jesús me ha dado, y logran mover los corazones mucho más que las palabras. Muchas veces lo he comprobado por experiencia. Pero hay una, entre todas ellas, que me ha dejado una grata y profunda impresión.

Fue durante la cuaresma. Yo me encargaba por entonces de la única novicia que había en el convento, pues era su ángel. Un mañana vino a verme toda radiante: «Si supieras, me dijo, lo que soñé anoche... Estaba con mi hermana e intentaba desasirla de todas las vanidades a que está tan apegada. Para lograrlo, me puse a explicarle esta estrofa del *Vivir de amor*: «¡Jesús, amarte es pérdida fecunda! / Tuyo son mis perfumes para siempre». Yo veía que mis palabras penetraban en su alma, y estaba loca de alegría. Esta mañana, al despertarme, pensé que quizás Dios quería que le ofreciera esta alma. ¿Y si le escribiera después de la cuaresma contándole mi sueño y diciéndole que Jesús la quiere toda para sí?»

Yo, sin pensarlo demasiado, le dije que podía muy bien intentarlo, pero que antes tenía que pedir permiso a nuestra madre.

Como la cuaresma estaba todavía lejos de tocar a su fin, usted, Madre querida, se quedó muy sorprendida de semejante petición, que le parecía demasiado prematura. Y, ciertamente inspirada por Dios, le contestó que las carmelitas no [25rº] tienen que salvar las almas con cartas, sino con la oración.

Al conocer su decisión, vi enseguida que era la de Jesús, y le dije a sor María de la Trinidad: «Pongamos manos a la obra, recemos mucho. ¡Qué alegría *si al final de la cuaresma* hubiésemos sido escuchadas...!»

Y ¡oh, misericordia infinita del Señor, que se digna escuchar la oración de sus hijos...!, *al final de la cuaresma*, una nueva alma se consagraba a Jesús. Fue un verdadero milagro de la gracia²⁴, ¡un milagro alcanzado por el fervor de una humilde novicia!

¡Qué grande es, pues el poder de la oración! Se diría que es como una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey y que puede alcanzar todo lo que pide.

Para ser escuchadas, no hace falta leer en un libro una hermosa fórmula compuesta para esa ocasión. Si fuese así..., ¡qué digna de lástima sería yo...! Fuera del *Oficio divino*, que *tan indigna* soy de recitar, no me siento con fuerzas para sujetarme a buscar en los libros *hermosas* oraciones; me produce dolor de cabeza, ¡hay tantas..., y cada cual más *hermosa*...! No podría rezarlas todas, y, al no saber cuál escoger, hago como los niños que no saben leer: le digo a Dios simplemente lo que quiero decirle, sin componer frases hermosas, y él siempre me entiende...

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría²⁵. En una palabra, es algo [25vº] grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús.

No quisiera, sin embargo, Madre querida, que pensara que rezo sin devoción las oraciones comunitarias en el coro o en las ermitas. Al contrario, soy muy amiga de las oraciones comunitarias, pues Jesús nos prometió estar en medio de los que se reúnen en su nombre; siento entonces que el fervor de mis hermanas suple al mío.

Pero rezar yo sola el rosario (me da vergüenza decirlo) me cuesta más que ponerme un instrumento de penitencia... ¡Sé que lo rezo tan mal! Por más que me esfuerzo por meditar los misterios del rosario, no consigo fijar la atención... Durante mucho tiempo viví desconsolada por esta falta de atención, que me extrañaba, pues *amo tanto* a la *Santísima Virgen*, que debería resultarme fácil rezar en su honor unas oraciones que tanto le agradan. Ahora me entristezco ya menos, pues pienso que, como la Reina de los cielos es mi Madre, ve mi buena voluntad y se conforma con ella.

A veces, cuando mi espíritu está tan seco que me es imposible sacar un solo pensamiento para unirme a Dios, rezo *muy despacio* un «Padrenuestro», y luego la salutación angélica. Entonces, esas oraciones me encantan y alimentan mi alma mucho más que si las rezase precipitadamente un centenar de veces...

La Santísima Virgen me demuestra que no está disgustada [26rº] conmigo. Nunca deja de protegerme en cuanto la invoco. Si me sobreviene una inquietud o me encuentro en un aprieto, me vuelvo rápidamente hacia ella, y siempre se hace cargo de mis intereses como la más tierna de las madres. ¡Cuántas veces,

hablando a las novicias, me ha ocurrido invocarla y sentir los beneficios de su protección maternal...

Con frecuencia me dicen las novicias: «Tú tienes respuesta para todo. Creía que esta vez iba a ponerte en un apuro... ¿De dónde sacas lo que nos dices?» Hay incluso algunas tan cándidas, que creen que leo en sus almas porque me ha sucedido anticiparme a decirles lo que pensaban.

Una noche, una de mis compañeras había decidido ocultarme una pena que la hacía sufrir mucho. La encuentro por la mañana, me habla con cara sonriente, y yo, sin contestar a lo que me decía, le digo muy segura: Tú tienes una pena. Creo que si hubiese hecho caer la luna a sus pies, no me habría mirado con mayor asombro. Su estupor era tan grande, que se me contagió también a mí: por un instante, se apoderó de mí una especie de pavor sobrenatural. Estaba segura de no poseer el don de leer en las almas, y por eso me sorprendía más haber dado tan en el clavo. Sentí que Dios estaba allí muy cerca y que, sin darme cuenta, había dicho, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de él.

Madre querida, usted sabe muy bien que a las novicias todo les está permitido. [26v^o] Tienen que poder decir lo que piensan con total libertad, lo bueno y lo malo. Conmigo esto les resulta más fácil, pues a mí no me deben el respeto que se tiene a una maestra de novicias.

No puedo decir que Jesús me lleve *externamente* por el camino de las humillaciones. Se conforma con humillarme en lo *hondo* del alma. A los ojos de las criaturas todo me sale bien, sigo el camino de los honores, en cuanto es posible en la vida religiosa. Comprendo que si tengo que marchar por este camino que parece tan peligroso, no es por mí, sino por las demás. En efecto, si pasase por ser una religiosa llena de defectos, inepta, poco inteligente y alocada, usted, Madre, no podría dejarse ayudar por mí. Por eso Dios ha echado un velo sobre todos mis defectos, exteriores e interiores.

A veces ese velo me vale algunos cumplidos por parte de las novicias. Yo sé que no me los hacen por adularme, sino que son una expresión de sus sentimientos inocentes. Y la verdad es que no me producen la menor vanidad, pues traigo siempre presente en la memoria el recuerdo de lo que soy.

No obstante, a veces siento un gran deseo de escuchar algo que no sean alabanzas. Usted, Madre querida, sabe que prefiero la vinagreta al azúcar. También mi alma se cansa de los alimentos demasiado azucarados, y entonces Jesús permite que le sirvan una buena ensaladita, [27r^o] con mucha vinagre y muchas especias, y en la que nada falta excepto el *aceite*, lo cual le da un nuevo sabor...

Esta buena ensaladita me la sirven las novicias cuando menos lo espero. Dios levanta el velo que oculta mis imperfecciones, y entonces mis queridas hermanitas, al verme tal cual soy, ya no me encuentran totalmente de su agrado. Con una sencillez que me encanta, me cuentan todas las luchas que les produzco y lo que no les gusta de mí. En una palabra, no se muerden más la lengua que si

se tratara de cualquier otra y no de mí, sabiendo que me producen un gran placer actuando así.

Y verdaderamente es más que un placer, es un festín delicioso que me llena el alma de alegría. No puedo explicarme cómo algo que desagrada tanto a la naturaleza puede producir tanta felicidad; si no lo hubiese experimentado, no podría creerlo...

Un día en que deseaba particularmente ser humillada, una novicia²⁶ se encargó de colmar tan bien mis deseos, que me acordé de Semeí maldiciendo a David, y pensé: Sí, es el Señor quien le ordena decirme todo eso... Y mi alma saboreaba con verdadero deleite la amarga comida que le servían en tanta abundancia.

Así es como Dios cuida de mí. No siempre puede darme el pan reconfortante de la humillación exterior; pero de vez en cuando me permite alimentarme de las migajas que caen de la mesa *de los hijos*. ¡Qué grande es su misericordia! Sólo podré [27vº] cantarla en el cielo.

Madre querida, ya que trato de empezar a cantar con usted aquí en la tierra esa misericordia infinita, debo contarle otra gran ganancia que saqué de la misión que usted me confió.

Antes, cuando una hermana hacía algo que no me gustaba y que me parecía contrario a la ley, pensaba: ¡qué tranquila me quedaría si pudiese decirle lo que pienso, hacerle ver que está actuando mal! Desde que vengo ejercitando un poco ese oficio, le aseguro, Madre, que he cambiado por completo de parecer. Cuando me acontece ver que una hermana hace algo que me parece imperfecto, lanzo un suspiro de alivio y me digo a mí misma: ¡Qué suerte!, no es una novicia, no estoy obligada a reprenderla. Y luego, trato enseguida de disculpar a la hermana y de atribuirle unas buenas intenciones, que seguramente tiene.

Madre querida, desde que estoy enferma, los cuidados que usted me prodiga me han enseñado también mucho sobre la caridad. Ningún remedio le parece demasiado caro; y si no da resultado, prueba con otro sin cansarse.

Cuando yo iba todavía a la recreación, ¡cómo se preocupaba porque estuviera en un buen lugar, al abrigo de las corrientes de aire! En una palabra, si quisiera contarle todo, no acabaría nunca.

Pensando en todo esto, me dije a mí misma que yo debía ser tan compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas como usted, Madre querida, lo es cuidándome con tanto amor.

He observado (y es muy natural) que las hermanas más santas son también las [28rº] más queridas. Se busca su conversación, se les hacen favores sin que los pidan. En una palabra, estas almas, tan capaces de soportar faltas de consideración o de delicadeza, se ven rodeadas del afecto de todas. A ellas puede aplicarse esta frase de nuestro Padre san Juan de la Cruz: «Cuando con propio amor no lo quise, dióseme todo sin ir tras ello».

Por el contrario, a las almas imperfectas no se las busca; se las trata, ciertamente, conforme a las reglas de la educación religiosa; pero, por miedo a decirles alguna palabra menos delicada, se evita su compañía.

Al decir almas imperfectas, no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, pues ni las más santas serán perfectas hasta que lleguen al cielo. Quiero decir faltas de discreción, de educación, la susceptibilidad de ciertos caracteres, cosas todas que no hacen la vida muy agradable.

Sé muy bien que estas enfermedades morales son crónicas y que no hay esperanza de curación; pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme y de tratar de aliviarme aunque siguiera enferma toda la vida.

Y ésta es la conclusión que yo saco: en la recreación y en la licencia, debo buscar la compañía de las hermanas que peor me caen y desempeñar con esas almas heridas el oficio de buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan muchas veces para alegrar a un alma triste.

Pero no quiero en modo alguno practicar la caridad con este fin, pues sé muy bien que pronto cedería al desaliento: una palabra dicha con la mejor intención puede ser interpretada completamente al revés. Por eso, para no perder el tiempo, quiero ser amable con todas [28vº] (y especialmente con las hermanas menos amables) por agradar a Jesús y seguir el consejo que él da en el Evangelio, poco más o menos en estos términos: «Cuando des un banquete, no invites a tus parientes ni a tus amigos, porque corresponderán invitándote y así quedarás pagado. Invita a pobres, cojos, paralíticos; dichoso tú, porque no pueden pagarte: tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará».

¿Y qué banquete puede ofrecer una carmelita a sus hermanas sino un banquete espiritual compuesto de caridad atenta y gozosa? Yo no conozco ningún otro, y quiero imitar a san Pablo, que se alegraba con los que estaban alegres. Es cierto que también lloraba con los tristes, y que las lágrimas han de aparecer también algunas veces en el banquete que yo quiero servir; pero siempre intentaré que al final esas lágrimas se conviertan en alegría, pues el Señor ama a los que dan con alegría.

Sor San Pedro

Recuerdo un acto de caridad que el Señor me inspiró hacer siendo todavía novicia. No fue nada importante, pero nuestro Padre, que ve en lo escondido y que mira más a la intención que a la importancia de la obra, ya me lo ha pagado sin esperar a la otra vida.

Era en la época en que sor San Pedro iba todavía al coro y al refectorio. En la oración de la tarde se ponía delante de mí. Diez minutos antes de las seis, una hermana tenía que encargarse de llevarla al refectorio, pues las enfermeras tenían en aquel entonces demasiadas enfermas para venir a [29rº] buscarla a ella.

Me costaba mucho ofrecerme para prestar ese pequeño servicio, pues sabía que no era fácil contentar a la pobre sor San Pedro, que sufría tanto que no le gustaba andar cambiando de conductora. Sin embargo, no quería perder una ocasión tan hermosa de practicar la caridad, recordando que Jesús había dicho: Lo que hagáis al más pequeño de los míos, a mí me lo hacéis. Me ofrecí, pues, con mucha humildad a conducirla, ¡y no me costó poco trabajo conseguir que aceptara mis servicios! Al fin puse manos a la obra, y fue tanta mi buena voluntad, que el éxito fue completo.

Todas las tardes, cuando veía que sor San Pedro comenzaba a agitar su reloj de arena, sabía que eso quería decir: Vamos. Es increíble lo que me costaba hacer aquel esfuerzo, sobre todo al principio. Sin embargo, acudía inmediatamente, y a continuación comenzaba toda una ceremonia.

Había que mover y llevar la banqueta de una determinada manera, y, sobre todo, no ir de prisa. Luego venía el paseo. Había que ir detrás de la pobre enferma, sosteniéndola por la cintura. Yo lo hacía con toda la suavidad posible; pero si, por desgracia, ella daba un paso en falso, ya le parecía que la sostenía mal y que se iba a caer. «¡Dios mío, vas demasiado deprisa, voy a romperme la crisma!» Si trataba de ir más despacio: «¡Pero sígueme, no siento tu mano, me has soltado, me voy a caer! Ya decía yo que tú eras demasiado joven para acompañarme»

Por fin, llegábamos sin contratiempos al refectorio. Allí surgían nuevas dificultades. Había que sentar a sor San Pedro y actuar hábilmente para [29vº] no lastimarla; luego, había que recogerle las mangas (también de una manera determinada); y entonces ya quedaba libre para marcharme.

Con sus pobres manos deformadas, echaba el pan en la escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna tarde me iba sin haberle prestado ese pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, esa atención la conmovió mucho, y gracias a esa atención, que yo no había buscado intencionadamente, me gané por completo sus simpatías, y sobre todo (lo supe más tarde) porque, después de cortarle el pan, le dirigía antes de marcharme mi más hermosa sonrisa.

Madre querida, quizás le extrañe que le haya escrito este pequeño acto de caridad que tuvo lugar hace tanto tiempo. Si lo he hecho, es porque, gracias a él, tengo que cantar las misericordias del Señor. Dios ha querido que conserve este recuerdo como un perfume que me mueve a practicar la caridad. A veces recuerdo ciertos detalles que son para mi alma como una brisa de primavera. He aquí uno que me viene a la memoria.

Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una

melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, [30rº] veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita.

No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad...

No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas...

Si ya en el sufrimiento y en medio de la lucha es posible gozar un instante de una dicha que excede a todas las alegrías de la tierra sólo con pensar que Dios nos ha sacado del mundo, ¡qué será en el cielo cuando, abismadas en un júbilo y en un descanso eternos, veamos la gracia incomparable que el Señor nos ha concedido al elegirnos para habitar en su casa, verdadero pórtico del cielo...!

No siempre he practicado la caridad entre estos transportes de júbilo. Pero en los comienzos de mi vida religiosa Jesús quiso hacerme sentir qué dulce es verle a él en el alma de sus esposas. Así, cuando llevaba a la hermana sor San Pedro, lo hacía con tanto amor, que no hubiera podido hacerlo mejor si hubiese tenido que llevar al mismo Jesús.

No, la práctica de la caridad no me ha sido siempre tan dulce, como acabo, Madre, de decirle. Para demostrárselo, voy a contarle algunos pequeños combates que seguramente la harán sonreír.

Durante mucho tiempo, en la oración de la tarde, yo me colocaba delante de una hermana que tenía una curiosa manía, y pienso que también... muchas luces interiores, pues rara vez se servía de algún libro. Verá cómo [30vº] me di cuenta.

En cuanto llegaba esa hermana, se ponía a hacer un extraño ruido, parecido al que se haría frotando dos conchas una contra otra. Sólo yo lo notaba, pues tengo un oído extremadamente fino (demasiado a veces).

Imposible decirle, Madre, cómo me molestaba aquel ruidito. Sentía unas ganas enormes de volver la cabeza y mirar a la culpable, que seguramente no se daba cuenta de su manía. Era la única forma de hacérselo ver. Pero en el fondo del corazón sentía que era mejor sufrir aquello por amor de Dios y no hacer sufrir a la hermana. Así que seguía quieta y trataba de unirme a Dios y de olvidar el ruidito...

Todo inútil. Me sentía bañada de sudor, y me veía forzada a hacer sencillamente una oración de sufrimiento.

Pero a la vez que sufría, buscaba la manera de hacerlo sin irritarme, sino con alegría y paz, al menos allá en lo íntimo del alma. Trataba de amar aquel ruidito tan desagradable: en vez de procurar no oírlo (lo cual era imposible), centraba toda mi atención en escucharlo bien, como si se tratara de un concierto

maravilloso, y pasaba toda la oración (que no era precisamente de quietud) ofreciendo aquel concierto a Jesús.

En otra ocasión, en la lavandería, tenía enfrente de mí a una hermana que, cada vez que golpeaba los pañuelos en la tabla de lavar, me salpicaba la cara de agua sucia. Mi primer impulso fue echarme hacia atrás y [31rº] secarme la cara, con el fin de hacer ver a la hermana que me estaba asperjando que me haría un gran favor si ponía más cuidado. Pero enseguida pensé que sería bien tonta si rechazaba unos tesoros que me ofrecían con tanta generosidad, y me guardé bien de manifestar mi lucha interior. Me esforcé todo lo que pude por desear recibir mucha agua sucia, de manera que acabé por sacarle verdadero gusto a aquel nuevo tipo de aspersion e hice el propósito de volver otra vez a aquel venturoso sitio en el que tantos tesoros se recibían.

Madre querida, ya ve que yo soy una *alma muy pequeña* que no puede ofrecer a Dios más que *cosas muy pequeñas*. Con todo, muchas veces me ocurre que dejo escapar algunos de esos pequeños sacrificios que dan al alma tanta paz. Pero no me desanimo por eso: me resigno a tener un poco menos de paz, y procuro poner más cuidado la próxima vez.

El Señor es tan bueno conmigo, que no puedo tenerle miedo. Siempre me ha dado lo que deseaba, o, mejor dicho, me ha hecho desear lo que quería darme²⁷.

Así, poco tiempo antes de que comenzase mi prueba contra la fe, yo pensaba en mi interior: Realmente, no tengo grandes pruebas exteriores, y para tenerlas interiores Dios tendría que cambiar mi camino. No creo que lo haga. De todas formas, no puedo vivir siempre así, en el sosiego... ¿Cómo se las arreglará, pues, Jesús para probarme?

La respuesta no se hizo esperar, y me hizo ver que mi Amado no es pobre en recursos. Sin cambiar mi camino, me envió una prueba que iba a mezclar una saludable amargura en todas mis alegrías.

Los misioneros

Pero Jesús no se limita [31vº] a hacérmelo presentir y desear cuando quiere probarme.

Desde hacía mucho tiempo, yo venía deseando algo que me parecía totalmente irrealizable: el de tener *un hermano sacerdote*. Pensaba con frecuencia que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, yo tendría la dicha de verles subir al altar. Pero como Dios los escogió para convertirlos en angelitos, ya no podía esperar ver mi sueño hecho realidad.

Y he aquí que Jesús no sólo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a *dos* de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos...

Quiero contarle detalladamente, Madre querida, cómo Jesús colmó mi deseo, e incluso lo superó, pues yo sólo deseaba *un* hermano sacerdote que se acordase de mí a diario en el altar santo.

Fue nuestra Madre santa Teresa quien, en 1895, me envió como ramillete de fiesta a mi primer hermanito²⁸. Estaba yo en el lavadero, muy ocupada en mi faena, cuando la madre Inés de Jesús me llamó aparte y me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista que, inspirado por santa Teresa -decía él-, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuese misionero, le ayudase con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas. Por su parte, él prometía tener siempre un recuerdo por la que fuese su hermana cuando pudiera ofrecer el santo sacrificio. Y la madre Inés de Jesús me dijo que quería que fuese yo la hermana de ese futuro misionero.

[32rº] Imposible, Madre, decirle la dicha que sentí. El ver mi deseo colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que yo llamaría infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para encontrarme con el recuerdo de unas alegrías tan intensas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas.

Hacía muchos años que no saboreaba esta clase de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma estaba sin estrenar. Era como si alguien hubiese pulsado por primera vez en ella unas cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

Sabía las obligaciones que asumía, así que puse manos a la obra, tratando de redoblar mi fervor. Tengo que confesar que al principio no conté con ningún consuelo que estimulara mi celo. Mi hermanito, tras escribir una carta preciosa, muy emotiva y llena de nobles sentimientos, para darle las gracias a la madre Inés de Jesús, no dio más señales de vida hasta el mes de julio siguiente, excepto una tarjeta que envió en el mes de noviembre para decirnos que se incorporaba al servicio militar.

Dios le reservaba a usted, Madre querida, la consumación de la obra comenzada. Es muy cierto que a los misioneros podemos ayudarlos por medio de la oración y el sacrificio. Pero a veces, cuando Jesús quiere unir dos almas para su gloria, permite que de tanto en tanto puedan comunicarse sus pensamientos y animarse así mutuamente a amar más a Dios.

Pero para ello se requiere la *voluntad expresa* de la autoridad, pues me parece que de lo contrario esa correspondencia haría más mal que bien, si no al misionero, sí al menos a la carmelita, llamada de continuo por su género de vida [32vº] a vivir replegada sobre sí misma. Y entonces esa correspondencia (incluso esporádica) pedida por ella, en vez de unirla a Dios, ocuparía su espíritu; imaginándose el oro y el moro, no haría otra cosa que buscarse, bajo color de celo, una distracción inútil.

A mi modo de ver, ocurre con esto como con todo lo demás. Creo que, para que mis cartas hagan provecho, he de escribirlas por obediencia y experimentar, al escribirlas, más repugnancia que placer.

De la misma manera, cuando hablo con una novicia, procuro hacerlo mortificándome y evito hacerle preguntas que puedan satisfacer mi curiosidad. Si ella empieza a hablar de una cosa interesante y luego, sin terminar la primera, pasa a otra que me aburre, me guardo muy bien de recordarle el tema que ha dejado a un lado, pues creo que no se puede hacer bien alguno cuando uno se busca a sí mismo.

Madre querida, veo que nunca me corregiré. Una vez más, con mis disertaciones, me he ido muy lejos del tema que estaba tratando. Le ruego que me perdone, y disculpe si a la primera ocasión vuelvo a caer otra vez, pues no lo puedo remediar....

Usted hace como Dios, que nunca se cansa de escucharme cuando le cuento con sencillez mis penas y mis alegrías como si él no las conociera ya... Usted, Madre, también conoce desde hace mucho tiempo lo que pienso y todos los acontecimientos un poco señalados de mi vida, por lo que no puede contarle nada nuevo.

Cuando pienso que le estoy escribiendo pormenorizadamente tantas cosas que usted conoce tan bien como yo, no puedo evitar la risa. [33rº] En fin, Madre querida, no hago más que obedecerla. Y si ahora no le encuentra el menor interés a leer estas páginas, quizás le sirvan de distracción en los días de su vejez y la ayuden también a avivar el fuego del amor, y así no habré perdido el tiempo... Pero me divierto hablando como un niño. No crea, Madre, que me pregunto por la utilidad que pueda tener mi humilde trabajo. Lo hago por obediencia, y eso me basta. Y si usted lo quemase ante mis ojos antes de leerlo, no lo sentiría lo más mínimo.

Es hora ya de que reanude la historia de mis hermanos, que ocupan ahora un lugar tan importante en mi vida.

Recuerdo que el año pasado, un día de finales del mes de mayo, usted me mandó llamar antes de ir al refectorio. Cuando entré en su celda, Madre querida, me latía muy fuerte el corazón; me preguntaba a mí misma qué sería lo que tenía que decirme, pues era la primera vez que me mandaba llamar de esa manera. Después de decirme que me sentara, me hizo esta propuesta: «¿Quieres encargarte de los intereses espirituales de un misionero²⁹ que se va a ordenar de sacerdote y que partirá dentro de poco»? Y a continuación, me leyó la carta de ese joven Padre para que supiera exactamente lo que pedía.

Mi primer sentimiento fue un sentimiento de alegría, que inmediatamente dio paso al de miedo. Yo le expliqué, Madre querida, que, al haber ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poder ofrecerlos también por las intenciones de otro, y que, además, había muchas hermanas mejores que yo, que podrían responder a sus deseos.

Todas mis objeciones fueron inútiles. Usted [33v^o] me contestó que se podían tener varios hermanos. Entonces yo le pregunté si la obediencia no podría duplicar mis méritos. Usted me respondió que sí, añadiendo varias razones que me hicieron ver que debía aceptar sin ningún escrúpulo un nuevo hermano.

En el fondo, Madre, yo pensaba igual que usted. Es más: ya que «el celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero», espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de *dos* misioneros y nunca me olvidaré de rezar por todos, sin dejar de lado a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles.

En una palabra, quiero ser hija de la Iglesia³⁰, como nuestra Madre santa Teresa, y rogar por las intenciones de nuestro Santo Padre el papa, sabiendo que sus intenciones abarcan todo el universo.

Esta es la meta global de mi vida. Pero esto no me habría impedido rezar y unirme de una manera muy especial a la actividad de mis angelitos queridos si ellos hubiesen sido sacerdotes.

Pues bien, así es como me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos: todo lo mío es de cada uno de ellos. Sé muy bien que Dios es demasiado *bueno* para andarse con repartos. Es tan rico, que me da sin medida todo lo que le pido... Pero no vaya a creer, Madre, que me pierdo en largas enumeraciones.

Atráeme, y correremos

Si desde que tengo a estos dos hermanos y a mis hermanitas, las novicias, quisiera pedir para cada alma lo que cada una necesita y detallarlo todo bien, los días se me harían demasiado cortos y temería olvidarme de alguna cosa importante.

Las almas sencillas no necesitan usar medios complicados. Y como yo soy una de ellas, una mañana, durante la acción de gracias, Jesús me inspiró un medio muy *sencillo* de cumplir mi misión. Me hizo [34r^o] comprender estas palabras del Cantar de los Cantares: «*Atráeme, y correremos* tras el olor de tus perfumes».

¡Oh, Jesús!, ni siquiera es, pues, necesario decir: Al atraerme a mí, atrae también a las almas que amo. Esta simple palabra, «Atráeme», basta.

Lo entiendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las almas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el alma que se hunde en el océano sin riberas de tu amor atrae tras de sí todos los tesoros que posee...

Señor, tu sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía. Estos tesoros tú me los has confiado. Por eso, me atrevo a hacer más las palabras que tú dirigiste al Padre celestial la última noche que te vio, peregrino y mortal, en nuestra tierra. Jesús, Amado mío, yo no sé cuándo acabará mi destierro... Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro tus misericordias. Pero, finalmente, también para mí llegará la última noche, y entonces quisiera poder decirte, Dios mío: «Yo te he glorificado en la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. He dado a conocer tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y tú me los diste. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado. Te ruego por éstos que tú me diste y que son tuyos.

[34v^o] Yo no voy a estar ya en el mundo, pero ellos están en el mundo mientras yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado. Ahora voy a ti, y digo esto mientras estoy en el mundo para que ellos puedan participar plenamente de mi alegría. No te ruego que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Pero no sólo por ellos ruego, sino también por los que creerán en ti gracias a su palabra.

Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo y que el mundo sepa que tú los has amado como me has amado a mí».

Sí, Señor, esto es lo que yo quisiera repetir contigo antes de volar a tus brazos. ¿Es tal vez una temeridad? No, no. Hace ya mucho tiempo que tú me has permitido ser audaz contigo. Como el padre del hijo pródigo cuando hablaba con su hijo mayor, tú me dijiste: «*Todo* lo mío es tuyo». Por tanto, tus palabras son más, y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial.

Pero, Señor, cuando digo que deseo que los que tú me diste están también donde yo esté, no pretendo que ellos no puedan llegar a una gloria mucho más alta de la que quieras darme a mí. Quiero simplemente pedir que un día nos veamos todos reunidos en tu hermoso cielo.

Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria. [35r^o] Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear.

El amor llama al amor. Por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia ti y quisiera colmar el abismo que lo atrae. Pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amarme como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Sólo entonces encontraré reposo.

Jesús mío, tal vez sea una ilusión, pero creo que no podrás colmar a un alma de más amor del que has colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirte que ames a los que me has dado como me has amado a mí. Si un día en el cielo descubro que los amas más que a mí, me alegraré, pues desde ahora mismo reconozco que esas almas merecen mucho más amor que la mía. Pero aquí abajo no puedo

concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mí gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte.

Madre querida, vuelvo a estar con usted. Estoy asombrada de lo que acabo de escribir, pues no tenía intención de hacerlo. Ya que está escrito, habrá que dejarlo.

Pero antes de volver a la historia de mis hermanos, quiero decirle, Madre, que las primeras palabras que he tomado del Evangelio -«Yo les he comunicado las palabras que tú me diste», etc.- no se las aplico a ellos, sino a mis hermanitas, pues no me creo capaz de enseñar nada a un misionero. ¡Gracias a Dios, todavía no soy tan orgullosa como para eso! Ni hubiera sido tampoco capaz [35vº] de dar ningún consejo a mis hermanas si usted, madre, que representa a Dios, no me hubiese confiado esa misión.

Pero sí que pensaba en sus queridos hijos, que son ya mis hermanos, cuando escribía estas palabras de Jesús y las que va a continuación de ellas: «No te ruego que los saques del mundo... Te ruego también por los que creerán en ti gracias a su palabra». En efecto, ¿cómo podría yo dejar de rezar por las almas que ellos salvarán en sus misiones lejanas mediante el sufrimiento y la predicación?

Madre, creo necesario darle alguna explicación más sobre aquel pasaje del Cantar de los Cantares: «Atráeme y correremos», pues me parece que no quedó muy claro lo que quería decir.

«Nadie puede venir a mí, dice Jesús, si no lo trae *mi Padre* que me ha enviado». Y a continuación, con parábolas sublimes -y muchas veces incluso sin servirse de este medio, tan familiar para el pueblo-, nos enseña que basta llamar para que nos abran, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que pedimos...Dice también que todo lo que pidamos al Padre en su nombre nos lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, dictó esta oración profética: Atráeme y correremos.

¿Qué quiere decir, entonces, pedir ser *atraídos*, sino unirnos de una manera íntima al objeto que nos cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuvieran inteligencia, y éste último dijera al otro «Atráeme», ¿no estaría demostrando que quiere identificarse con el fuego de tal manera que éste lo penetre [36rº] y lo empape de su ardiente sustancia hasta parecer una sola cosa con él?

Inicio

Fin del Manuscrito C

Madre querida, ésa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré «Atráeme»; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesús, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase.

Lo que Jesús censura no son los trabajos de Marta. A trabajos como éstos se sometió humildemente su divina Madre durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo único que Jesús quisiera corregir es la inquietud de³¹ su ardiente anfitriona.

Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella ciencia divina que cautivaba a los más grandes genios?

Un sabio decía: «Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo».

Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y porque la hacía desde un punto de vista material, los santos lo lograron [36v^o] en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un punto de apoyo: *El mismo, El solo*. Y una palanca: la oración, que abraza con fuego de amor. Y así levantaron el mundo. Y así lo siguen levantando los santos que aún militan en la tierra. Y así lo seguirán levantando hasta el fin del mundo los santos que vendrán.

Madre querida, quisiera decirle ahora lo que yo entiendo por el olor de los perfumes del Amado.

Dado que Jesús ascendió al cielo, yo sólo puedo seguirle siguiendo las huellas que él dejó. ¡Pero qué luminosas y perfumadas son esas huellas! Sólo tengo que poner los ojos en el santo Evangelio para respirar los perfumes de la vida de Jesús y saber hacia dónde correr... No me abalanzo al primer puesto, sino al último; en vez de adelantarme con el fariseo, repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero, sobre todo, imito la conducta de la Magdalena. Su asombrosa, o, mejor dicho, su amorosa audacia, que cautiva el corazón de Jesús, seduce al mío.

Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a él.

Es cierto que Dios, en su misericordia *preveniente*, ha preservado mi alma del pecado mortal. Pero no es ésta la razón de que yo me eleve a él [37r^o] por la confianza y el amor.

Inicio

NOTAS AL MANUSCRITO C (CAPÍTULO XI)

20 Naturalmente, Teresa se abstiene de añadir aquí lo que dijo a su compañera: *Si nuestra Madre nota que has llorado, y te pregunta quién te ha disgustado, puedes contarle, si quieres, todo lo que acabo de decirte. Prefiero ser mal mirada por ella y que me eche, si quiere, del convento, antes que faltar a mi deber* (PO p. 430).

21 El despacho de la priora (en realidad de la administradora).

22 En el Ms C Teresa (una vez que ha dejado de lado la terrible confidencia de la prueba de la fe) aparece relajada y distendida, con la misma naturalidad con que se expresa en las Últimas Conversaciones, paradoja viva y muy teresiana de una enferma grave enfrentada a los más duros sufrimientos (a los que no hace en todo el manuscrito ni una sola alusión directa).

23 De 1893 a 1896 Teresa cuidó de sus compañeras de noviciado, primero de sor Marta y sor María Magdalena y después de sor María de la Trinidad y sor Genoveva (que entraron el 1894) y de sor María de la Eucaristía (agosto de 1895). En un primer tiempo, en 1893, fue ayudante, más o menos oficiosamente, de la madre María de Gonzaga, para convertirse, a partir de marzo de 1896, en maestra de novicias, aunque sin llevar ese título.

24 Teresa no podía prever que, después de su muerte, Ana Castel se saldría del convento y se casaría.

25 Discreta llamada de atención, pues, en efecto, tres meses más tarde esta joven carmelita tan serena estará muerta: el 22 de junio aún estaba en el jardín en su coche; el 2 de julio está al límite de sus fuerzas cuando va por última vez al oratorio; el 6 de julio volverán a aparecer las hemoptisis; el 8, la bajan a la enfermería; por esas fechas dejará inconcluso el Ms C.

26 Su propia hermana Celina.

27 Idéntica frase unos días después en Cta 253, 2vº. Cf SAN JUAN DE LA CRUZ: «Cuanto más quiere dar, tanto más hace desear» (Carta a la madre Leonor de San Gabriel, del 8/7/1589), que encontramos también en el Acto de ofrenda.

28 El abate Mauricio BarthélemyBellière (1874-1907), que el 15/10/1895 había escrito a la madre Inés «en nombre y en la fiesta de la gran santa Teresa». Huérfano de madre, seminarista de Bayeux y aspirante a misionero, la víspera de la muerte de Teresa se embarcó para ingresar en Argel en el noviciado de los Padres Blancos.

29 El P. Adolfo Roulland (1870-1934), seminarista de las Misiones Extranjeras de París. Una de sus primeras misas la celebró en el Carmelo el 3/7/1896, y se embarcó para China.

30 Teresa de Jesús repetía en su lecho de muerte: «Soy hija de la Iglesia».

31 A partir de esta palabra el texto está escrito a lápiz. El 8 de julio bajan a Teresa a la enfermería. Escribe todavía algunas líneas, pero la debilidad le impide terminar el manuscrito.

Inicio

FIN DE LOS MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS